

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

SU PRIMERA EVASIÓN DE UNA CÁRCEL

HÁBILMENTE CONQUISTÓ A UNA ANCIANA

La viejecita, que vendía mercaderías a los presos, protegió la fuga del hombre que ya empezaba a destacarse

EL PRINCIPIO DE SU VIDA AVENTURERA

Fugitivo de la justicia de su pueblo, se internó en Chihuahua, y fue ladrillero, primero, y minero en Parral

CAPÍTULO III

Desde que fue internado en la cárcel de la ciudad de Durango, Francisco Villa perdió la comunicación con su familia. No sabía leer ni escribir, ni conocía medio alguno para hacer llegar noticias a su madre y hermanos.

El convencionismo

Sin embargo, en una ocasión al rendir declaraciones ante el juzgado de Durango, supo que don José Valenzuela, su protector, continuaba interesándose por su situación; pero nada más. Ceñudo siempre, mal dispuesto con las autoridades judiciales y de la prisión, ya no pensaba en otra cosa que en su fuga. Pero, ¿cómo huir de la prisión, cuando ésta se encontraba tan bien custodiada y cuando no tenía dinero para lograr un auxilio exterior?

Varios meses habían transcurrido. Un día supo que el juez tenía ya lista la sentencia; que probablemente tendría que pasar quince o veinte años tras de las rejas, y esto lo exasperó.

Silencioso, observaba a sus compañeros de prisión, tratando de encontrar a alguno que tuviera su audacia para preparar la fuga. Había comprendido que él solo sería incapaz de escalar los muros o de horadar las paredes, o de aserrar las rejas, o de lanzarse sobre los guardianes para ganar la calle; pero parece que nadie le inspiró la confianza suficiente para comunicarle sus planes. Mas no por ello desmayó: aquel muchacho que había nacido y crecido en la libertad de las montañas, sufría el más grande de sus martirios encerrado entre cuatro paredes.

UNA AMIGA

Varios meses habían pasado y solamente había logrado la amistad de una viejecita. Ésta se había fijado en aquel joven huraño y corpulento, que más merecía andar por las montañas que pasar su vida tras de las rejas de una prisión.

La viejecita se dio cuenta de que aquel joven preso no tenía quién viera por él. No había quién le llevara un bocado; no había quién le lavara la ropa; no había quién le llevara un testimonio de afecto. Trató de acercarse a Pancho, pero éste, en un principio, la recibió fríamente. Él lo que pensaba era escapar de aquel infierno, ¿para qué le podía servir aquella viejecita?

La anciana, a pesar del mal modo como era recibida por Pancho, insistió en serle útil. El mozo aceptó al fin el “bocadito” ofrecido por la viejecita; otro día permitió que su ropa le fuera lavada y planchada. Así, a la vuelta de algunas semanas, entre el presidiario y la desconocida se había iniciado una franca amistad.

Pancho se atrevió a contarle su desventura. La anciana, por su parte, le hizo saber que le inspiraba tal compasión, que quería que la considerara

como su madre adoptiva. Madre adoptiva ¿para qué? Si lo que Pancho quería era encontrar un compañero garrudo, resuelto, valiente, capaz de desafiar en descomunal lucha a los guardianes de la prisión. Lo demás le era inútil, y al romper su silencio frente a la anciana, lo había hecho recordando que tenía también una anciana madre a la que tanta falta estaría haciendo.

UNA "CLAVE"

La viejecita desde hacía años que había logrado la gracia de los carceleros de entrar y salir de la prisión libremente para lavar la ropa y preparar algunos "bocaditos" a los presos, con lo cual cubría sus más imperiosas necesidades.

En una ocasión, la anciana hizo saber a Pancho la gracia de que gozaba y al mismo tiempo le participó que vivía enfrente de la cárcel. La revelación iluminó el pensamiento de Villa.

Desde ese momento no pensó más que aprovechar a la viejecita para la fuga. Pero, ¿no lo delataría la anciana? Villa no era hombre que se detenía ante grandes preocupaciones. Cuando niño todavía, al saber que su madre había quedado en la miseria, tomó una firme resolución: la de salir en busca de trabajo. Ningún obstáculo capaz de detenerle había encontrado en el camino de su vida. Si había resuelto fugarse de la prisión, no debería medir las consecuencias de su secreto y de sus descos, y cuando hubo tomado más confianza con la anciana le dio a conocer sus proyectos.

LA FUGA

Los temores que había tenido en un principio, se convirtieron pronto en una nueva esperanza: en la anciana encontró una aliada, ya que desde luego aceptó ser quien le condujera hasta la calle, garantizándole que saldría todo bien.

Villa conoció entonces de todos los pasos de la viejecita. Supo cómo entraba y salía a la cárcel; conoció los manejos de los guardianes de la prisión; fue advertido por su aliada de la mejor forma de engañar a los vigilantes y así, poco a poco, fue preparándose la fuga.

Para consumir su propósito, Pancho se hizo más comunicativo tanto con los compañeros de prisión como con los vigilantes y el alcaide. Hizo saber

El convencionismo

a éste su resignación y hasta le pidió que le ayudaría a hacer menos pesada su estancia en la prisión. De esta manera, hubo más libertades, pudo recorrer la prisión a sus anchas e interiorizarse del movimiento de entradas y salidas, y cuando se sintió suficientemente fuerte para realizar su arriesgada empresa, se lo comunicó a la anciana.

Unos cuantos pesos que le envió su madre sirvieron para que la aventura se llevara a cabo con todo éxito. Hizo que la anciana, con el dinero que había recibido, le comprara un vestido parecido al de los peones que trabajaban en la cárcel haciendo algunas reparaciones, y ya disfrazado así, un buen día, cuando los trabajadores salían por la tarde, después de terminar sus faenas del día, se mezcló entre éstos y sin que nadie lo notara sintió el aire de la libertad.

EL PELIGRO

Rápidamente, Pancho cruzó la calle y entró en la casa de la anciana que le esperaba en la puerta, tranquila, serena, y entregada a remendar viejos vestidos de los presos. En ese mismo momento, en el interior de la cárcel, los vigilantes hacían el recuento de los prisioneros, notando en el acto la ausencia de Villa. La voz de alarma fue dada y numerosos gendarmes y vigilantes salieron a la calle en busca del fugitivo.

La anciana, temiendo que su casa fuese cateada, hizo que Pancho se escondiera debajo de un lavadero, cubriéndole el cuerpo con ropa sucia. No se engañó la viejecita, ya que minutos después, los vigilantes de la prisión, desesperados y ansiosos de encontrar al fugitivo, entraron a la casa. Pancho permaneció inmóvil en su escondite hasta que pasó el peligro, ya caída la noche, salió tranquilamente a la calle, expresando sus agradecimientos a su cómplice y abandonó violentamente la ciudad de Durango.

Nuevamente era libre; sus montañas lo esperaban. Ahora, con la experiencia adquirida, sería muy difícil que le volvieran a aprehender. Estaba dispuesto a caminar día y noche por los vericuetos que él sólo conocía, hasta salir de los límites del estado. En la región lagunera o en la región minera del Parral, nadie le conocería; sería un hombre llegado de lejanas tierras en busca de trabajo.

Lo único que le atormentaba era no poder ir a Río Grande a despedirse de su madre y de sus hermanos; pero se contentó con llegar hasta la goteros de su

pueblo natal, ver los primeros jacales y prometerse que algún día que la justicia no fuese solamente de los ricos, volvería a su hogar para seguir entregado al trabajo, que tan buenos frutos le había dado.

CON TOMÁS URBINA

A pie, siguió caminando. Ahora se dirigía a Villa de Ocampo, en donde sabía que no sería conocido fácilmente y en donde podría ver a su amigo Tomás Urbina, a quien le daría a conocer sus proyectos de salir del estado de Durango, para que se les comunicara en alguna ocasión a su familia.

En Villa de Ocampo pudo ver a Urbina, quien le facilitó los medios económicos para que pudiera continuar el viaje, resolviéndose entonces Pancho a seguir hacia Parral, en donde tenía la seguridad de obtener trabajo en las minas; su corpulencia no sería despreciada por los patrones para el rudo trabajo en los socavones.

Y mientras que Pancho continuaba su viaje a Parral, las autoridades expedían exhortos a todos los pueblos duranguenses pidiendo la captura del fugitivo; pero éste, gracias a la ayuda de Urbina, había podido llegar sano y salvo al mineral.

LADRILLERO

Apenas en Parral, trató de conseguir trabajo en la Mina Prieta, pero no había lugar para él. Todas las plazas estaban cubiertas y ni su fuerza muscular sirvió para convencer a los capataces de que sería un buen minero. Pero dispuesto a trabajar en lo primero que se presentara, encontró acomodo con Ismael Rodríguez. Don Ismael era el propietario de una pequeña fábrica de ladrillos y Pancho fue encargado de batir el lodo.

Era el joven muy trabajador y el patrón se sentía orgulloso del nuevo ladrillero que no parecía fatigarse a pesar de lo rudo de la faena. Ganaba una miseria, pero lo suficiente para cubrir sus necesidades. Mas lo que importaba a Villa no era el salario, sino su libertad. Lejos de Durango, fuera del alcance de las autoridades duranguenses, podía dedicarse al trabajo con toda tranquilidad, esperando días mejores.

El convencionismo

Durante su estancia en Parral, Villa se abstuvo de tener comunicación con sus familiares, temiendo que sus perseguidores pudieran caerle en donde había encontrado trabajo y libertad.

Trabajó Pancho empeñosamente uno o dos años en la fabricación de ladrillos, hasta que pudo conseguir colocación en Mina Prieta, convirtiéndose así en minero, y en un buen minero, ya que su constitución física le ayudaba para soportar las más grandes fatigas.

ÉPOCA OSCURA

En los primeros meses de 1900, y después de haber hecho cortos ahorros, desapareció de Parral. Quería dedicarse al comercio y algunos amigos le habían propuesto algunas correrías por el norte de Chihuahua. Esta es la época que aparece oscura en la vida del futuro guerrero. No ha faltado quien asegure que se dedicó por entonces a introducir contrabando de los Estados Unidos a México y viceversa; otros afirman que se dedicó al abigeato; los terceros dicen que anduvo al frente de una cuadrilla de salteadores. Esto último es lo menos probable, no porque un hombre audaz, resuelto y sin grandes escrúpulos morales de juventud no haya sido capaz de ello, sino porque una banda de tal naturaleza en el estado de Chihuahua, que era de lo más vigilado en ese entonces, no habría podido existir, máxime gozando de la impunidad que se ha atribuido a la banda que se ha dicho capitaneaba Villa.

De la aventurera vida que Pancho Villa pudo tener en esa época de su vida, se ha querido hacer un reflejo de su existencia posterior, de su vida de guerrillero. No se concibe que un hombre que tan admirablemente sabía manejar sus caballerías; que conocía palmo a palmo todo el estado de Chihuahua; que sabía perderse a los perseguidores más enérgicos; no hubiese, antes de la revolución, trajinado por las montañas y las llanuras al frente de alguna partida de desalmados.

Sin embargo, se olvida que Villa, desde los años de su infancia, había vivido en las montañas. La necesidad lo había hecho desafiar todos los rigores de la naturaleza; que sus mismas condiciones de vida lo habían ido formando como un hombre de gran energía, de desmedido valor, y lo habían labrado en el sufrimiento. Se olvida también que Río Grande era el sitio de reunión de los mejores vaqueros y caballistas de la sierra. Las peleas de gallos en Río

Grande eran famosas, como famosos eran también los jaripeos. Hasta fines del siglo pasado se dijo del pueblo natal de Villa que era el pueblo de los galleros. Como que hacendados y mineros, comerciantes y peones, tahúres y rancheros de casi todo el estado de Durango acudían cada año a Río Grande para participar en célebres tapadas de gallos.

Lo más probable es que en este periodo oscuro de la vida de Villa, éste se hubiera dedicado al abigeato. ¿Por qué no? En ese entonces era uno de los más productivos negocios para los individuos que, como Pancho Villa, desbordantes de energías y de salud, de audacia y ambición, encontraban todas las puertas cerradas, ya que esas puertas, solamente se abrían para los más allegados al poder.

COMERCIANTE EN CARNES

Después de algunos años de oscuridad, por no querer afirmar que de correrías fuera de la ley, Villa aparece en los Estados Unidos. Se dice que entonces tenía dinero; pero seguramente no encontró campo en territorio norteamericano para dedicarse a lo que tanto ambicionaba: al comercio, y regresó a México.

Fue entonces comerciante en carnes. Recorría el estado de un extremo a otro vendiendo carnes secas. Con este motivo logró la amistad de muchos individuos dedicados al mismo negocio y que más tarde serían sus primeros compañeros en el campo de batalla.

El negocio fue productivo, ya que dejó de viajar para establecerse en la ciudad de Chihuahua, en donde tenía injerencia en la matanza. Era matancero cuando se inició la propaganda del antirreeleccionismo, y fue de los primeros que se presentaron a don Abraham González para ofrecerle sus servicios.

No era de los caracterizados antirreeleccionistas; pero sí era de los más fieles a la nueva causa; no serviría para hacer discursos de propaganda; pero sí sería un gran elemento en los campos de batalla. Había nacido para la guerra y esperaba la guerra.

Cuando don Abraham le comunicó que había llegado el momento de la lucha armada, salió de la ciudad de Chihuahua para ir en busca de los amigos que tenía la seguridad de que le acompañarían en la ventura. Dispuso del poco dinero con que contaba y se marchó a un punto cercano a la frontera. Fue de quienes no pidieron fondos para comprar armas ni municiones.

El convencionismo

Decía a sus amigos que lo que más le había entusiasmado para lanzarse a la revuelta eran los grandes deseos que tenía “de estrechar la mano a don Panchito Madero”. Llamaba “Panchito” al señor Madero desde esos días, y así le habría de llamar durante el resto de su vida. Era Villa, sin duda alguna, uno de los tantos insurrectos que no sabían a ciencia cierta qué era lo que deseaba Madero. Era Pancho uno de los muchos que sentían la necesidad de hacer cambiar el estado de cosas reinantes en el país; era también de los que sentían el atractivo de la aventura: las correrías por las montañas y los pueblos no podían menos que atraer a muchos de estos rancheros que en alguna forma sentían una opresión sin poderse explicar en dónde estaba ésta.

Además, un tipo volcánico como Villa necesitaba hacer erupción, y nada más oportuno que una revuelta, por lo que se lanzó a ella, sin medir las consecuencias, como también sin más ambición que la de verse al frente de un grupo de hombres disputándose el paso hacia las ciudades con un grupo de federales.

EL HOMBRE Y EL MILITAR

Ha llegado la vida de Francisco Villa a la iniciación de sus campañas militares. Surgen dos aspectos en el nuevo Villa: el del hombre y el del militar. En cuanto al hombre, sigue siendo el mismo; por lo que hace al militar es una revelación. En unos cuantos meses se convirtió en un gran conductor de soldados, supera entonces a todos los guerreros de la historia mexicana. Solamente el general Antonio López de Santa Anna pudo influenciar de tal manera a sus soldados que, a pesar de sus derrotas y de sus fracasos políticos, hasta los últimos días de su poder pudo hacerse seguir. De Santa Anna se habla muy mal, pero apenas se presentaba ante sus soldados, ceñudo y fuerte y seguido de su oropelesca oficialidad, reconquistaba la fe de sus hombres, haciéndose vitorear hasta el delirio y hasta hacer que los generales que más le odiaban se inclinaran, reverentes, ante él.

Pero si por lo que respecta a su historia militar, Francisco Villa alcanzó deslumbradores progresos; si pudo obtener las victorias de Torreón, de Zacatecas, de la Cuesta de Sayula, y si logró organizar ese poderoso ejército que llevó a León y que jamás se había visto en México, en cuanto al hombre, continuó siendo el mismo: el Pancho Villa primitivo; el Pancho Villa mísero

y huérfano que desde los siete años tuvo que luchar contra todos los infortunios: el Pancho Villa que entendía que para hacer justicia a su hermana deshonrada había que matar sin piedad; el Pancho Villa que no podía vivir sometido a un régimen carcelario y que, desafiando a sus poderosos enemigos, se vale de una anciana para fugarse; el Pancho Villa que más tarde vivirá las duras faenas del peón para después encontrar una nueva senda en el comercio y en el que elige el oficio de matancero, para el cual no había necesidad de saber leer ni escribir y sí conocer la calidad de las carnes de las reses.

En esta ligera narración, para la cual han sido aprovechados datos inéditos, dejaremos al general Francisco Villa para seguir a Pancho Villa, al hombre, al originario de un pueblo de vaqueros y de galleros, y para conocer algunos de los rasgos de su vida de amor.

(Continuará el próximo número)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 5 de mayo de 1935, año XXII, núm. 82, pp. 1-2.